

# MONGOLIA

## UN PAIS ENTRE DOS GIGANTES





**G**RANDE, como tres veces España, Mongolia Exterior ha vuelto a saltar sobre el tapete al filo de los nuevos incidentes fronterizos chino-soviéticos. Flanqueada al Norte por la Unión Soviética, el resto de su territorio —1.535.000 kilómetros cuadrados, que le convierte en uno de los países con más escasa densidad de población— linda con China. Su emplazamiento le sitúa en el centro del conflicto que sigue enfrentando a los dos gigantes del socialismo; a nivel de geopolítica, Mongolia se ha convertido en un Estado-tapón, sobre el que se centran los deseos de influencia de China y la Unión Soviética.

Desde que, a mitad del siglo XIII, Gengis Khan extendiera el Imperio mongol desde el Pacífico hasta el Mediterráneo y el Elba —del que lograron extraer escaso provecho, debido a la ineficacia organizativa de los mongoles—, Mongolia pasó a ocupar un lugar de retaguardia en la Historia. Los posteriores esfuerzos de Tamerlán en la reconstrucción de lo que había sido vasto Imperio mongol, no dieron resultado. Replegado sobre sí, Mongolia dejó pasar los años dedicados al pastoreo. Integrada en China como provincia en el siglo XVII, acabaría poco después escindiéndose en dos regiones perfectamente delimitadas: Mongolia Interior, alineada en cada una de las manifestaciones de la Historia contemporánea china, y la Exterior, separada de aquel país por el desierto de Gobi.

La fecha clave que marcaría la escisión definitiva del Imperio mongol en dos países, 1911, co-

rresponde al mismo año de la revolución de Sun-Yat-Sen. Mientras Mongolia Interior permaneció fiel a China —en la actualidad continúa siendo una provincia autónoma dentro del espacio geográfico de la República Popular—, Mongolia Exterior, en cambio, con Hutuktu como emperador, declaró su independencia, reconocida un año más tarde por Rusia con la firma de un tratado. Poco después, en 1913, se llega a un acuerdo entre Rusia y China en el que los dos países se comprometen a reconocer la autonomía del nuevo Estado.

Pero las dificultades comenzaron en 1919, cuando los chinos denunciaron dicho acuerdo argumentando que el final de la Rusia zarista implicaba la cancelación o revisión de todos los tratados firmados por el antiguo régimen. Durante dos años —de 1919 hasta el 21—, Mongolia Exterior fue integrada como provincia en China, hasta que aquel mismo año el barón Von Sternberg, líder de los rusos blancos, invadiera el país y obligara a Hutuktu a declararse independiente. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Von Sternberg fuera vencido por los bolcheviques y que, gracias al apoyo que éstos prestaron a los nacionalistas, se formara un gobierno popular y se procediera a la expulsión de todos los ciudadanos chinos. No obstante, hasta 1924 —fecha de la muerte de Hutuktu— se respetó el sistema de monarquía teocrática (a Hutuktu se le consideraba la encarnación viviente de Buda). A su muerte se creó la República Popular de Mongolia, copiada del modelo soviético. A pesar de que

la U. R. S. S. hiciera una declaración expresa en la que reconocía al nuevo Estado como parte integrante de China, Pekín rechazó su reconocimiento, provocando de ese modo el desencadenamiento de una nueva crisis entre los dos países a propósito de Mongolia.

Reconocida Mongolia oficialmente por la Unión Soviética en 1932, cuatro años más tarde se firmaba el primer pacto militar entre los dos países, pacto denunciado inmediatamente por China.

Finalizada la última guerra mundial —Mongolia se unió a la Unión Soviética cuando ésta hizo su declaración de guerra a Japón—, China y la U. R. S. S. llegaron a un acuerdo sobre Mongolia: ambos países se comprometieron a aceptar su independencia si sus habitantes, previa celebración de un referéndum, optaban por ella. La respuesta fue masivamente afirmativa. En 1946, China y la totalidad de los países socialistas consolidaban con su aprobación dicha independencia; no así las Naciones Unidas, que hasta 1961 no la admitiría en su seno. Su independencia no constituyó obstáculo alguno para que Mongolia siguiera actuando en la órbita soviética. Por otra parte, a medida que subían de tono las diferencias derivadas de la escisión ideológica chino-soviética, le empujaba cada vez más hacia la esfera de la U. R. S. S., alineándose claramente en los últimos tiempos del lado de ésta.

Su economía, esencialmente ganadera —condicionada por la especial configuración de su suelo, desértico y en algunas zonas, de-

bido a la influencia de los monzones, estepario—, depende en gran medida de su comercio exterior con la Unión Soviética. No obstante, gracias a la ayuda económica —y a base de planes quinquenales— se establecieron algunos complejos industriales, similares a los «kombinat» rusos. Uno de los más importantes, creado en las cercanías de Ulan Bator —la capital del país—, agrupa a algunas industrias mecánicas, textiles, derivadas del cuero... así como una gran central eléctrica.

Su despegue industrial coincide con el momento de su constitución en república popular; su integración en el COMECON, acaecida en 1962, facilitó en gran medida sus intercambios comerciales.

Sus relaciones con la U. R. S. S. y China están reguladas desde 1961 por una serie de tratados de asistencia y de intercambio de todo tipo. No obstante, en 1967 se rompía el difícil equilibrio. Aquel año, Mongolia vivió un movimiento de sublevación encabezado por el general Uiamfu. Meses más tarde, a consecuencia de la expulsión de tres maestros chinos, se produjeron una serie de disturbios en Ulan Bator y en Pekín, decidiendo China la ruptura de las relaciones culturales entre los dos países.

Desde entonces, y cada vez en mayor medida, se reflejan en Mongolia los embates dialécticos de los dos gigantes próximos a sus fronteras. Un país que, lejos de querer emular las hazañas de Gengis Khan o Tamerlán, intenta avanzar del modo más rápido posible en el camino de la industrialización. ■ Reportaje: ZARDOYA.